

to, podrán utilizarse las descripciones de los viajeros, de los libros de geografía, de botánica y de etnología. En todo caso, la investigación debe ser idéntica. Una lengua, una legislación, un catecismo, no es nunca más que una cosa abstracta; lo completo es el hombre que obra, el hombre corporal y visible que come, que anda, que combate, que trabaja. Dejad á un lado la teoría de las constituciones y de su mecanismo, de las religiones y su sistema, y procurad ver á los hombres en su taller, en sus escritorios, en sus campos, con su cielo, su suelo, sus casas, sus trajes y sus comidas, no de otro modo que lo hacéis cuando al desembarcar en Inglaterra ó en Italia, miráis las caras y los ademanes, las aceras y las tabernas, la gente que se pasea y los obreros que beben. Nuestra gran preocupación debe ser suplir hasta donde podamos, la falta de la observación presente, personal, directa y sensible, porque es el único camino para conocer al hombre. Hagámonos presente el pasado; para juzgar una cosa, es menester su presencia; no hay experiencia de los objetos ausentes. Claro que esta reconstrucción es siempre incompleta, y no puede dar margen más que á juicios incompletos; pero hay que resignarse: más vale un conocimiento mutilado que un conocimiento nulo ó falso, y no hay más medio de conocer aproximadamente las acciones de otros días que *ver* aproximadamente á los hombres de otros días.

Ese es el primer paso en historia. Se ha dado en Europa, al renacer la imaginación, á fines del siglo último, con Lessing y Walter Scot; un poco después en Francia con Chateaubriand, Agustín Thierry, M. Michelet y tantos otros. He aquí ahora el segundo paso.

## II

El hombre corporal y visible no es más que un indicio, por medio del cual debe estudiarse el hombre interior é invisible.

Cuando observáis con vuestros ojos el hombre visible, ¿qué buscáis en él? El hombre invisible. Esas palabras que llegan á vuestro oído, esos ademanes, esos movimientos de cabeza, esas vestiduras, esas acciones y esas obras sensibles de todos linajes no son para vosotros más que expresiones; allí se revela algo, un alma. El hombre exterior oculta un hombre interior, y el primero no hace más que manifestar al segundo. Miráis su casa, sus muebles y su traje, para descubrir las huellas de sus hábitos y de sus gustos, el grado de su elegancia ó de su rusticidad, de su prodigalidad ó de su economía, de su vulgaridad ó de su delicadeza. Escucháis su conversación y notáis las inflexiones de su voz y sus cambios de actitud, para apreciar su espontaneidad, su abandono y su viveza, ó su energía y rigidez. Estudiáis sus escritos, sus obras de arte, sus empresas mercantiles ó políticas, para medir el alcance y los límites de su inteligencia, de su inventiva y de su sangre fría, para descubrir el orden, la índole y el poder habitual de sus ideas, la manera cómo piensa y se resuelve. Todas esas exterioridades no son más que avenidas que se reúnen en un centro, y no las recorréis sino para llegar á ese centro; allí

está el verdadero hombre, es decir, el grupo de facultades y de sentimientos que produce todo lo demás. He ahí un nuevo mundo: mundo infinito, porque cada acción visible arrastra en pos de sí una serie infinita de discursos, de emociones, de sensaciones antiguas ó recientes, que han contribuido á sacarla á luz, y que, á modo de largas rocas profundamente hundidas en el suelo, alcanzan en ella su extremo saliente. Ese mundo subterráneo es el segundo objeto, el objeto propio del historiador. Cuando este último atesora la educación crítica necesaria, puede discernir al través de cada adorno de una arquitectura, de cada línea de un cuadro, de cada frase de un escrito, el sentimiento particular de donde surgieron el adorno, la línea ó la frase; asiste al drama íntimo desarrollado en el artista ó escritor; la elección de las palabras, la brevedad ó longitud de los períodos, la especie de las metáforas, el acento del verso, el orden del discurso, todo le sirve de indicio; mientras sus ojos leen un texto, su alma y su mente siguen el continuo desarrollo y la variada serie de sentimientos y concepciones de que ese texto ha nacido: hacen su *psicología*. Si queréis observar esta operación, mirad al promovedor y al modelo de toda la gran cultura contemporánea, á Goethe, que, antes de escribir su *Ifigenia*, pasa días dibujando las más perfectas estatuas, hasta que, llenos sus ojos de las nobles formas del antiguo paisaje, y penetrado su espíritu de las bellezas armoniosas de la vida antigua, logra reproducir en sí propio tan exactamente los hábitos y las inclinaciones de la imaginación griega, que da una hermana casi gemela á la *Antigone* de Sófocles y á las diosas de Fidias. Esa adivinación precisa de los sentimientos extinguidos ha renovado la historia en nuestro tiempo. En el siglo último se des-

conocía casi enteramente. Considerábase á los hombres de todas las razas y de todos los siglos como casi semejantes; el griego, el bárbaro, el indo, el hombre del Renacimiento y el del siglo XVIII aparecían como vaciados en el mismo molde, según cierta concepción abstracta, que servía para todo el género humano. Se conocía al hombre; no se conocía á los hombres; no se había penetrado en el alma; no se había visto la diversidad infinita y la complejidad maravillosa de las almas; no se sabía que la estructura moral de un pueblo y de una edad es tan particular y tan distinta como la estructura física de una familia de plantas ó de un orden de animales. Hoy la historia, como la zoología, ha encontrado su anatomía; y sea la que quiera la rama histórica que se cultive, filología, lingüística ó mitología, en ese sentido se trabaja para hacerla producir nuevos frutos. Entre tantos escritores como desde Herder, Otffried Müller y Goethe, han proseguido y rectificado incesantemente ese gran esfuerzo, considere el lector tan sólo dos historiadores y dos obras: una, el comentario sobre *Cromwell* de Carlyle; otra, el *Port-Royal* de Sainte-Beuve; y verá con qué exactitud, con qué seguridad y profundidad puede descubrirse un alma al través de sus actos y sus obras; cómo, bajo el viejo general, en vez de un ambicioso vulgarmente hipócrita, se encuentra un hombre atormentado por los confusos ensueños de una melancólica imaginación, pero positivo en sus instintos y facultades, inglés hasta la medula, extraño é incomprendible para el que no haya estudiado el clima y la raza; cómo, con un centenar de cartas sueltas y con veinte discursos mutilados, se le puede seguir desde su granja y sus yuntas hasta su tienda de general y su trono de protector, en su transformación y en su

desarrollo, en las inquietudes de su conciencia y en sus resoluciones de hombre de Estado, hasta el punto de que el mecanismo de su pensamiento y de sus acciones se hace visible, y la tragedia íntima, perpetuamente renovada y cambiante, que trabajó aquella gran alma tenebrosa, pasa, como las de Shakespeare, al alma de los espectadores. Verá cómo bajo disputas de convento y resistencias monjiles, se puede vislumbrar una gran región de psicología humana; cómo cincuenta caracteres, sepultados bajo la uniformidad de una narración comedida, reaparecen á la luz, cada uno con su nota saliente, y todos con sus diversidades innumerables, cómo, tras disertaciones teológicas y sermones monótonos, se disciernen las palpitaciones de corazones siempre vivos, los accesos y los desmayos de la vida religiosa, los retornos imprevistos y el vaivén confuso de la naturaleza, las infiltraciones del mundo circundante, las conquistas intermitentes de la gracia, y con tal variedad de matices, que la más nutrida descripción y el más flexible estilo á duras penas logran recoger la mies inagotable que ha hecho germinar la crítica en ese campo abandonado. Lo mismo sucede dondequiera. Alemania, con su genio tan dúctil, tan amplio, tan accesible á las metamorfosis, tan á propósito para reproducir los más lejanos y extraños estados del pensamiento; Inglaterra, con su espíritu de precisión, tan adecuado para concretar las cuestiones morales, para determinarlas mediante cifras, pesos y medidas, mediante la geografía y la estadística, á fuerza de textos y de sano juicio; Francia, en fin, con su cultura parisiense, con sus hábitos de salón, con su análisis continuo de los caracteres y de las obras, con su ironía tan apropiada para marcar las flaquezas, con su penetración tan fina para desen-

trañar los matices: todos han labrado el mismo dominio, y se empieza á comprender que no hay región de la historia donde no sea necesario cultivar esa capa profunda, si se quiere ver surgir entre los surcos provechosas cosechas.

Tal es el segundo paso, que estamos á punto de realizar, y que constituye la obra propia de la crítica contemporánea. Nadie la ha hecho con tanta exactitud y tan en grande como Sainte-Beuve. En este respecto, todos somos discípulos suyos; su método renueva hoy en los libros y hasta en los periódicos toda la crítica literaria, filosófica y religiosa. De él hay que partir para inaugurar la evolución ulterior. Yo he procurado indicar esa evolución varias veces; á mi juicio, se abre aquí una vía nueva para la historia, y voy á tratar de describirla más en detalle.

### III

**Los estados y las operaciones del hombre interior é invisible reconocen por causa ciertas maneras generales de pensar y sentir.**

Cuando habéis observado y anotado uno, dos, tres múltiples estados íntimos de un hombre, ¿creéis que eso basta, y os parece completo vuestro conocimiento? Un cuaderno de notas, ¿es por ventura una psicología? No lo es; aquí, como siempre, tras la reunión de los hechos debe venir la indagación de las causas. Todos los hechos las tienen, sean físicos ó morales: las tienen la veracidad, la ambición ó el valor, lo mismo que la di-

gestión, el movimiento muscular ó el calor animal. El vicio y la virtud son productos como el vitriolo y el azúcar, y todo dato complejo nace del concurso de otros datos más simple de que depende. Busquemos, pues, los datos simples de las cualidades morales, como se buscan los de las cualidades físicas; y consideremos á este fin un hecho cualquiera, por ejemplo: una música religiosa, la de un templo protestante. Hay una causa interior que ha convertido el espíritu de los fieles hacia aquellas graves y monótonas melodías, una causa más vasta que su efecto; quiero decir: la idea general del verdadero culto externo que el hombre debe á Dios. Esa idea es la que ha modelado la arquitectura del templo, derribado las estatuas, proscrito los cuadros, destruidos los ornamentos, cercenado las ceremonias, encerrado á los concurrentes en bancos altos que les tapan la vista, y presidido á los mil detalles de las decoraciones, de las posturas y de todas las circunstancias externas. Y ella, á su vez, proviene de otra causa más general: la idea íntegra de la conducta, así interior como exterior—oraciones, actos y disposiciones de todas índoles—á que está obligado el hombre para con el Ser supremo. Esta última es la que ha entronizado la doctrina y la gracia, reducido el clero, transformado los sacramentos, suprimido las prácticas, y convertido la religión disciplinaria en religión moral. Esta segunda idea, á su vez, depende de una tercera más general aún: la de la perfección moral, tal como se encuentra en el Dios perfecto, juez impecable, riguroso celador de las almas, ante quien toda alma es pecadora, digna de suplicio, incapaz de virtud, si no es por la crisis de conciencia que él provoca y la renovación de corazón que él produce. He ahí la concepción cardinal, que con-

siste en erigir el deber en rey absoluto de la vida humana, y en prosternar todos los modelos ideales á los pies del modelo moral. Tocamos aquí el fondo del hombre: porque, para explicar esa concepción, hay que considerar la raza misma, es decir, el germano y el hombre del Norte, la estructura de su carácter y de su inteligencia, sus modos más generales de pensar y de sentir: esa lentitud y frialdad de la sensación, que le impiden caer violenta y fácilmente bajo el imperio del placer sensible; esa rudeza del gusto, esas irregularidades y sacudidas de la concepción que atajan en su espíritu el nacimiento de las grandes síntesis y de las formas armoniosas; ese desdén de las apariencias, esa necesidad de lo verdadero, esa propensión á las ideas abstractas y desnudas que desenvuelve su conciencia con detrimento de todo lo restante. Aquí hace alto el análisis; se acaba de llegar á una disposición primitiva, á un rasgo característico de todas las sensaciones y concepciones de un siglo ó de una raza, á una particularidad inseparable de todo el porte de su inteligencia y de su corazón. Esas son las grandes causas, las causas universales y permanentes, dondequiera y siempre activas, indestructibles é infaliblemente dominantes á la postre, puesto que los accidentes que las contrarían, como limitados y parciales, acaban por ceder á la sorda y continua repetición de su esfuerzo; de modo que la estructura general de las cosas y los grandes rasgos de los acontecimientos son obra suya, y las religiones, las filosofías, las poesías, las industrias, las formas de la sociedad y de la familia, no son, en resumen, más que impresiones marcadas por su sello.

## IV

Principales formas de pensamientos y sentimientos.  
Sus efectos históricos.

Los sentimientos y los pensamientos humanos forman, pues, un sistema, y ese sistema tiene por primer motor ciertos rasgos generales, ciertos caracteres de la inteligencia y del corazón, comunes á los hombres de una raza, de un siglo ó de un país. Así como, en mineralogía, los cristales, por diversos que sean, derivan de algunas formas corporales simples, así también en historia, las civilizaciones, por diversas que sean, derivan de algunas formas espirituales simples. Los unos se explican por un elemento geométrico primitivo, como las otras por un elemento psicológico primitivo. Para comprender el conjunto de las especies mineralógicas, debe considerarse de antemano un sólido regular en general, con sus caras y sus ángulos, y notarse las innumerables transformaciones de que es susceptible. De análogo modo, si queréis comprender el conjunto de las variedades históricas, considerad de antemano un alma humana en general, con sus dos ó tres facultades fundamentales, y en ese compendio notaréis las principales formas que puede admitir. Después de todo, esa especie de cuadro ideal, el geométrico como el psicológico, no es muy complejo, y pronto se ven los límites del marco en que han de circuns-

cribirse las civilizaciones, como los cristales. ¿Qué hay en el hombre en el punto de partida? Imágenes ó representaciones de los objetos, es decir, aquello que flota interiormente ante él, que subsiste algún tiempo, y después se borra y reaparece, cuando ha contemplado tal árbol, tal animal, tal cosa sensible. Esa es la materia de todo lo demás; y el desarrollo de esa materia es doble: especulativo ó práctico, según que esas representaciones conducen á una concepción general ó á una resolución activa. He ahí todo el hombre en compendio; y en ese recinto limitado se concentran las diversidades humanas, ya en el seno de la materia primordial, ya en el doble desarrollo primordial. Por pequeñas que sean en los elementos, son enormes en la masa, y la menor alteración en los factores acarrea alteraciones gigantescas en los productos. Según la representación es clara y definitiva ó confusa y mal delimitada, según reúne en sí un grande ó pequeño número de caracteres del objeto, según es violenta é impulsiva ó tranquila y serena, todas las operaciones y todo el juego corriente de la máquina humana se transforman.

Y, asimismo, todo el desarrollo humano varía á compás del desarrollo ulterior de la representación. Si la concepción general á que ésta conduce es una simple notación seca á la manera chica, la lengua se convierte en una especie de álgebra, la religión y la poesía se atenúan, la filosofía se reduce á una especie de sentido moral y práctico, la ciencia á una colección de recetas, de clasificaciones, de mnemotecnias utilitarias, y el espíritu entero adquiere una tendencia positivista. Si, al contrario, la concepción general á que la representación conduce es una creación poética y figurativa, un símbolo vivo, como acontece en

las razas arias, la lengua se convierte en una especie de epopeya matizada y coloreada, donde cada voz es un personaje; la poesía y la religión adquieren una magnífica é inagotable amplitud; la metafísica se desarrolla libre y sutilmente, sin curarse de las aplicaciones positivas; el espíritu entero, al través de las desviaciones y los desfallecimientos inevitables de su esfuerzo, se prenda de lo bello y lo sublime, y concibe un modelo ideal, capaz de concentrar en torno suyo, por la virtud de su nobleza y su armonía, las simpatías y los entusiasmos del humano linaje. Si ahora la concepción general á que la representación conduce es poética pero no meditada y medida; si el hombre la alcanza, no por una gradación constante, sino por una intuición brusca; si la operación original no es el desarrollo regular, sino la explosión violenta, entonces, como acontece en las razas semitas, falta la metafísica; la religión no concibe más que el Dios rey, devorador y solitario; la ciencia no puede formarse; el espíritu es demasiado rígido ó inflexible para reproducir el delicado orden de la naturaleza; la poesía no sabe dar á luz más que una serie de exclamaciones vehementes y grandiosas; la lengua no puede expresar la trabazón del discurso y de la elocuencia; el hombre se reduce al entusiasmo lírico, á la pasión indómita, á la acción fanática y estrecha. En ese intervalo entre la representación particular y la concepción universal, se encuentran los gérmenes de las mayores diferencias humanas. Algunas razas, como las clásicas, por ejemplo, pasan de la primera á la segunda por una escala gradual de ideas regularmente clasificadas y más generales cada vez; otras, como las germánicas, realizan la misma travesía por saltos, sin uniformidad, después de largos y vagos tanteos. Algunas,

como los romanos y los ingleses, se detienen en los primeros escalones; otras, como los indos y alemanes, suben hasta los últimos. Si ahora, después de haber considerado el tránsito de la representación á la idea, se examinase el tránsito de la representación á la resolución, se encontrarían diferencias elementales de la misma importancia y del mismo orden, según que la impresión es viva, como en los climas del Mediodía, ó pálida, como en los climas del Norte; según que lleva á la acción desde el primer instante, como sucede en los pueblos bárbaros, ó tardíamente, como ocurre en las naciones civilizadas; según que es ó no susceptible de acrecentamiento, de persistencia y arraigo. Todo el sistema de las pasiones humanas, todas las condiciones de la paz y de la seguridad públicas, todas las fuentes del trabajo y la acción derivan de ahí. Lo mismo sucede con las otras diferencias primordiales: sus consecuencias abrazan toda una civilización, y pueden compararse á esas fórmulas algébricas que, en sus estrechos límites, contienen de antemano toda la curva cuya ley constituyen. No es que esa ley se cumpla siempre hasta el fin; á veces se encuentran perturbaciones; pero, cuando así ocurre, no es que la ley sea falsa, sino que no ha obrado por sí sola. Nuevos elementos han venido á mezclarse á los antiguos; grandes fuerzas extrañas han venido á contrariar las fuerzas primitivas. Ha emigrado la raza, como el antiguo pueblo ario, y el cambio de clima ha alterado toda la economía de la inteligencia y toda la organización de la sociedad. Ha sido conquistado el pueblo, como la nación sajona, y la nueva estructura política le ha impuesto hábitos, capacidades é inclinaciones que no tenía. La nación se ha instalado en medio de vencidos amenazadores, como los antiguos espartanos, y la obli-

gación de vivir á la manera de tropa acampada ha torcido violentamente en un sentido único toda la constitución moral y social. En todo caso, el mecanismo de la historia humana es semejante. Siempre se encuentra como primitivo resorte alguna disposición muy general del espíritu, ora innata en la raza, ora adquirida por virtud de alguna circunstancia influyente. Esos grandes resortes hacen poco á poco su efecto, y al cabo de algunos siglos colocan á la nación en un nuevo estado religioso, literario, social, económico: condición nueva que, unida al esfuerzo renovado de tales factores, produce otra condición, ya buena, ya mala, ora con lentitud, ora con rapidez, y así sucesivamente; de modo que el movimiento total de cada civilización distinta, puede considerarse como resultado de una fuerza permanente, que á cada instante modifica su obra, alterando las circunstancias en que actúa.

## V

**Las tres fuerzas primordiales: la raza, el medio y el momento.**

Tres fuentes diversas contribuyen á producir ese estado moral elemental: la *raza*, el *medio* y el *momento*. Lo que se llama la *raza* son esas disposiciones innatas y hereditarias que el hombre aporta consigo, y que van unidas, por lo común, á marcadas diferencias de temperamento y de estructura corporal. Varían según los pueblos. Hay naturalmente variedades de hombres, como de toros y de caballos: unas vale-

rosas é inteligentes y otras tímidas y de cortos alcances; unas capaces de concepciones y de creaciones superiores, y otras reducidas á las ideas y á las invenciones rudimentarias; algunas dispuestas más especialmente para ciertas obras y dotadas más ricamente de ciertos instintos, al modo como se ven castas de perros de aptitudes especiales para la carrera, ó para el combate, ó para la caza, ó para la custodia de las casas ó de los rebaños. Hay aquí una fuerza definida, tan definida, que, al través de las enormes desviaciones que los otros dos motores la imprimen, se reconoce aún; y una raza, como el antiguo pueblo ario, diseminada desde el Ganges hasta las Hébridas, establecida en todos los climas, escalonada en todos los grados de la civilización, transformada por treinta siglos de revoluciones, manifiesta, sin embargo, en sus lenguas, en sus religiones, en sus literaturas y en sus filosofías, la comunidad de sangre y de espíritu que enlaza hoy aún á todos sus vástagos. Por diferentes que esos vástagos sean, no ha desaparecido su parentesco; por mucho que hayan labrado la selvaticidad, el cultivo y el injerto, las diferencias de cielo y de suelo, y las prósperas ó adversas vicisitudes, han subsistido los grandes rasgos de la forma original, y se descubren los dos ó tres lineamientos principales de la impresión primitiva bajo las impresiones secundarias que el tiempo ha superpuesto. Nada tiene de asombroso esa tenacidad extraordinaria. Aunque la inmensidad de la distancia no nos deje entrever más que á medias y á una incierta luz el origen de las especies (1), los hechos de la historia iluminan bastante

(1) Darwin: *Del origen de las especies*.—Prosper Lucas: *De la herencia*.